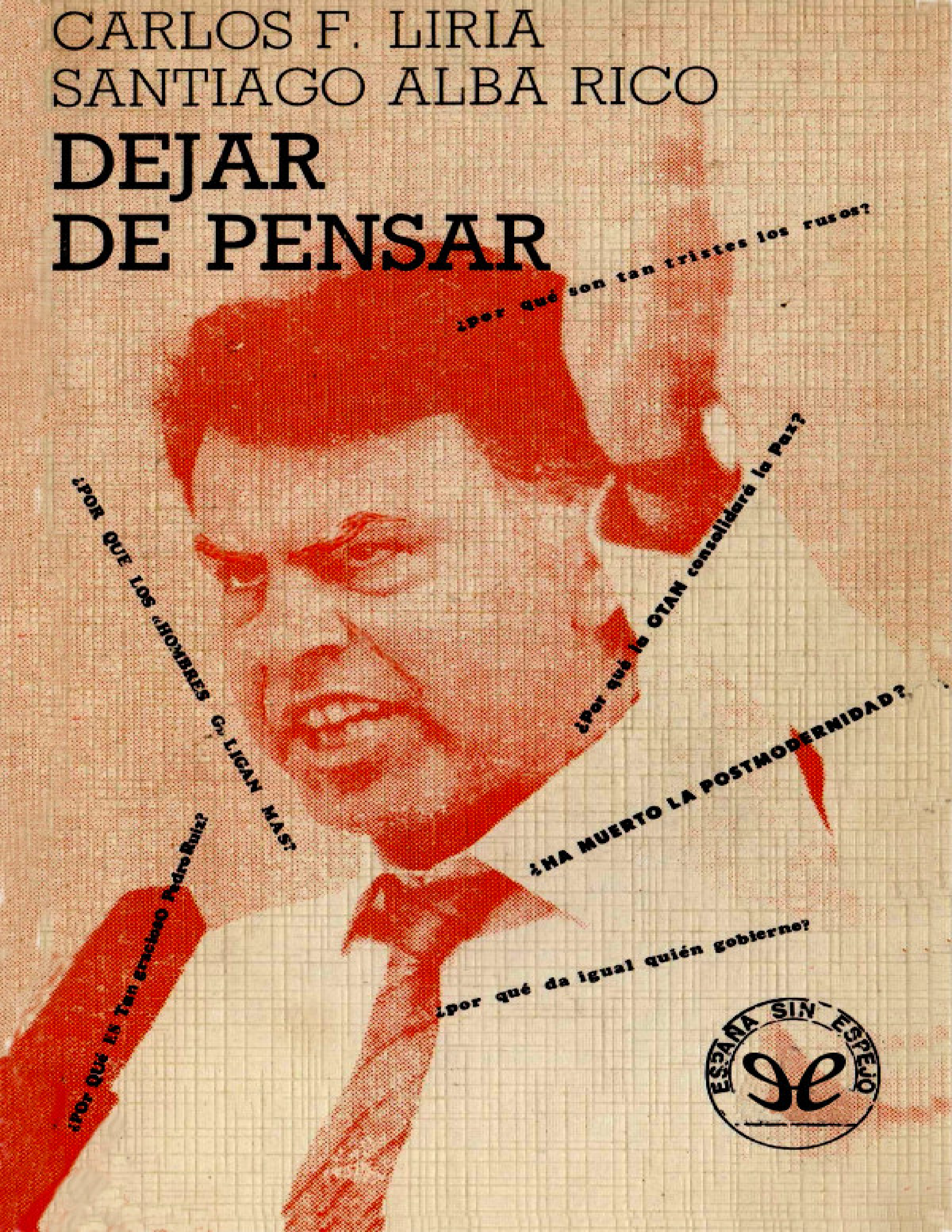

CARLOS F. LIRIA
SANTIAGO ALBA RICO
DEJAR DE PENSAR
¿Por qué son tan tristes los rusos?
¿POR QUE LOS «HOMBRES G» LIGAN MAS?
¿Por qué la OTAN consolidará la Paz?
¿HA MUERTO LA POSTMODERNIDAD?
¿Por QUÉ ES Tan graciosO Pedro Ruiz?
¿por qué da igual quién gobierne?
ESPAÑA SIN ESPEJO



CARLOS F. LIRIA
SANTIAGO ALBA RICO
DEJAR DE PENSAR
¿Por qué son tan tristes los rusos?
¿POR QUE LOS «HOMBRES G» LIGAN MAS?
¿Por qué la OTAN consolidará la Paz?
¿HA MUERTO LA POSTMODERNIDAD?
¿Por qué da igual quién gobierne?
¿POr QUé ES Tan graciosO Pedro Ruiz?
ESPAÑA SIN ESPEJO

¿Por qué es conveniente que dejemos de pensar? ¿Por qué hemos dejado ya de pensar?: Quizá porque si lo hiciéramos, llegaríamos a las mismas conclusiones que los autores exponen, con genial ironía, en este libro. Nos proporcionan respuestas a muchas preguntas sobre el capitalismo, las crisis económicas, las guerras «necesarias», las desigualdades, el hambre… que hoy parecen más vigentes que nunca, más de 20 años después de su publicación en papel.

Reedición digital del libro de Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico de 1986, auténtico panfleto marxista y anti-postmoderno que es, en palabras actuales de los propios autores, «un buen recordatorio de lo que fue el estreno de la democracia en España». Esta edición consta de una nota previa de los autores donde exponen el carácter de retrato de la intelectualidad de los 80 españoles, que sufrió lo que ellos llaman un «golpe de Estado» que dejó de lado a muchos de ellos, premiando a otros de menor valía, pero con mayor capacidad adaptativa. Esta reedición se realizó en un tiempo que también era bastante malo para el movimiento obrero y la intelectualidad en general y que actualmente vuelve a reproducirse.

Respecto a su decisión de colgarlo en la red, en la nota introductoria nos dicen los propios autores: «Nos hemos decidido a hacerlo más que nada porque […], se trata —según hemos podido comprobar al releerlo 22 años después— de un buen recordatorio de lo que fue el estreno de la democracia en España y, sobre todo, de la inconmensurable traición del PSOE a la clase obrera y a la población en general que lo había votad».



Carlos Fernández Liria & Santiago Alba Rico

Dejar de pensar

ePub r1.0
emiferro 09.02.18

Título original: *Dejar de pensar*
Carlos Fernández Liria & Santiago Alba Rico, 1986
Retoque de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro
ePub base r1.2



Nota de los autores sobre esta nueva edición
Octubre de 2008

Esta reedición digital de *Dejar de pensar* (Akal, 1986), ha sido iniciativa de Miguel León Pérez, quien se ha encargado de digitalizarlo y de ponerse en contacto con nosotros, animándonos a colgarlo en la red. Nos hemos decidido a hacerlo más que nada porque, aunque el texto está redactado en un tono irónico bastante cargante y dice alguna que otra tontería, se trata —según hemos podido comprobar al releerlo 22 años después— de un buen recordatorio de lo que fue el estreno de la democracia en España y, sobre todo, de la inconmensurable traición del PSOE a la clase obrera y a la población en general que lo había votado.

Eran tiempos con una altísima tasa de paro, acrecentada por una salvaje reconversión industrial que el PSOE gestionó con una chulería y una bellaquería sin límites. Tiempos también en los que la producción española comenzaba a ajustarse a las normas europeas, en los que la sobreproducción agrícola y ganadera se había convertido en un problema que amenazaba a todos los pequeños productores. Mientras tanto, la traición sindical de CCOO y de UGT se consolidaba: la clase obrera española estaba a punto de perder en unas pocas horas de negociación, conquistas que habían costado décadas de esfuerzos y de sangre. La amenaza de un golpe de Estado militar todavía estaba presente. Pero aún resultaba más patente el golpe de Estado permanente que la Banca y la CEOE estaban perpetrando constantemente contra la democracia. La cosa no tenía remedio: la población tenía que «apretarse el cinturón» (como solía decir Felipe González) o atenerse a las consecuencias. El chantaje capitalista contra la democracia comenzaba a estar muy claro: las empresas tenían la sartén por el mango. Si a las

empresas les iba mal, a los trabajadores les iría peor. Por tanto, si los trabajadores querían defender sus propios intereses, debían «apretarse el cinturón» y defender los intereses de la patronal. Y así era, en efecto. Y así sería, al menos, mientras el PSOE, el PCE, CCOO y UGT no dejaran de traicionar a la clase obrera (cosa que ya nunca dejaron de hacer).

En tales condiciones, no había más opción que la de un anticapitalismo radical (que exigía una reivindicación del marxismo que en esos momentos iba bastante a contracorriente) o la de una resignación postmoderna, escéptica y nihilista. Toda una legión de intelectuales que habían sido de izquierdas hasta «antes de ayer», adoptaron entonces la vía de la postmodernidad. Y eso fue ya la gota que rebasó el vaso: todas las majaderías que hubo entonces que escuchar. Esto es lo que explica el recurso retórico un poco irritante que da lugar a *Dejar de pensar*. Es como si dijéramos: ¡no, basta de bobadas! Para dejar de ser de izquierdas no hace falta andar con grandes proclamas sobre el fin de la modernidad. Basta con comprender que entre el capitalismo y el anticapitalismo no hay terceras vías. O seguimos siendo anticapitalistas, o el PSOE tiene razón y lo mejor que puede hacer la clase obrera en su favor es «apretarse el cinturón». Estamos en una situación en la que la mayor parte de los problemas humanos coinciden con las soluciones de la economía privada. Y cada vez que los seres humanos encuentran una solución, resulta ser un problema para la economía. La economía capitalista respira ya de una manera demasiado aparatosa, demasiado complicada y problemática, como para que los seres humanos vengan encima a traerle más problemas, importunándola con distorsiones y externalidades. Así pues, si ya no se trata de «cambiar de base» el sistema, es mejor reconocer la verdad de una vez por todas: el PSOE hace muy bien en defender a los obreros defendiendo a la patronal, pues es ella la que tiene la sartén por el mango. Esto no era el advenimiento de una nueva era postmoderna, era sencillamente la lógica misma del sistema capitalista, de un sistema que, de pronto, ya nadie parecía dispuesto a combatir. Así pues, los mentirosos y traidores chorizos del PSOE resultaban dar en la diana de lo que estaba pasando mejor que los intelectuales de la postmodernidad. El paro, la producción de armamento, las bases de la OTAN, la obsolescencia programada, el consumo suicida, la

publicidad más indigna, la guerra misma, incluso el hambre del Tercer Mundo, resultan funcionales a un mercado que siempre sabe lo que quiere mejor que sus habitantes y que sus gestores.

Mejor que seguir lamentando tanta mala suerte, resulta reconocer a las claras la racionalidad de tanta desgracia. Se trata de una racionalidad interna a un sistema, el sistema capitalista, que, precisamente por eso, resulta en sí mismo tan irracional que su irracionalidad clama al cielo. Pero los años ochenta eran tiempos muy malos para la política; había habido demasiada traición y demasiadas derrotas (y fuera de Europa, crímenes infinitos y masivos que habían acabado con casi todas las esperanzas anticapitalistas). En esos años había muy pocos que pensaran que «otro mundo es posible». Casi todos preferían pensar que otro mundo había llegado ya: la postmodernidad. En verdad, se trataba tan solo de una estrategia yupi y pedante de los intelectuales para seguir los pasos de los políticos socialistas y reclamar, ellos también, una parte de las ganancias.

Fue una época indigna para la filosofía y el pensamiento político. Por supuesto que hubo muchos intelectuales que conservaron la decencia. Muchos conservaron incluso su inteligencia intacta. Pero a ellos fue, precisamente, a los que se dejó de oír.

En los años ochenta hubo un verdadero golpe de Estado entre los intelectuales que dejó a muchos enterrados y a otros recibiendo premios y comiendo canapés. De hecho, es muy probable que, si no hubiera sido por Internet, la izquierda anticapitalista se habría muerto de pena mucho antes de llegar al siglo XXI. Los medios alternativos no son gran cosa, desde luego, para combatir el macizo ideológico blindado por los medios de comunicación masivos, la prensa privada y la televisión. Pero, han servido, por lo menos, de respiración asistida para una izquierda que, a finales de los ochenta, se moría de asfixia. En esos años casi lo único interesante que se escuchaba eran las canciones de la Polla Records[1] y la voz del Camarón de la Isla. Las primeras, explicaban lo que la postmodernidad ya no comprendía. La otra, devolvía la seriedad a un mundo terrible sobre el que la postmodernidad no cesaba de frivolizar.

Carlos Fernández Liria.
Santiago Alba Rico.

Dos autores marxistas, hastiados de ver las majaderías que habitualmente suelen ser objetadas contra Marx, quieren ofrecer a la POSTMODERNIDAD los verdaderos puntos débiles de este pensador tan pasado de moda, con la esperanza de poder situar así la polémica en un más digno nivel.

Gracias a este libro, *usted* podrá DEJAR DE PENSAR COMO UN MARXISTA, con todo fundamento.

Dedicamos estas páginas al grupo LA POLLA RECORDS, con admiración y amistad

1. ¿Por qué estamos tan contentos de ser postmodernos?

La historia del pensamiento vive hoy el acontecimiento más insólito. Algo nuevo e inesperado, sin precedentes, memoria ni vestigios, ha golpeado a una humanidad que se reclama heredera del arte, la ciencia y la filosofía griegas. Así lo confirman aquí y allá no pocas manifestaciones ideológicas postmodernas e incluso ciertas voces jubilosas que proclaman ya la muerte de la postmodernidad.

Sería bueno resumir someramente la innovadora originalidad de este reciente y pujante fenómeno y para ello quizá baste con decir que, por primera vez, puede afirmarse que la humanidad lleva casi dos décadas sin pensar. Sin pensar, es decir, negándose a producir conceptos para entregarse al marasmo y al olvido; negándose a recordar, a aceptar lo que, de otro modo, no podríamos dejar de reconocer: que al menos en un sentido fundamental esta sociedad sigue siendo, sin remedio, la sociedad moderna. En una palabra: que seguimos siendo modernos conforme a ciertas estructuras que, no por haber dejado de ser pensadas, son hoy menos reales. Y no es un misterio el procedimiento en virtud del cual tales estructuras y los consecuentes conceptos que las definen han caído en el olvido sin necesidad de censura: sin apercibirnos de ello, nuestra época se sació en la imagen, la palabra, la verosimilitud y este triunfo del espectáculo sobre la especulación sofocó en efecto toda pretensión teórica unciendo nuestras mentes a la lógica vertiginosa de la moda, mucho menos inflexible y lenta que la del principio de no contradicción. Bien es verdad que los conceptos no podrían pasarse de moda. Pero, ¿quién recuerda ya que existieron los conceptos? Lo importante es oír hablar de Freud, de Lacan, de Marx, de

Bataille e intervenir en la conversación, verdadero campo «especulativo» de lo postmoderno. De Aristóteles a Hegel, de Platón a Heidegger o Althusser, no ha existido nadie tan valiente como para modificar sus contenidos conceptuales si no era bajo la presión de argumentos más poderosos. Hoy el reino de la opinión ha recuperado lo que la argumentación le hizo perder. Incluso comprobamos que un peinado o una convulsión pueden ya más que el más sólido de los contenidos conceptuales. El concepto se olvida y la palabra que lo expresaba «se supera», es decir, se pasa de moda. Esta es la ventaja de ser marxista: ser marxista, por ejemplo, ya no es un error, ser marxista es ser una antigualla, un *hippy*, un leninista, un stalinista, un paleto[2] —¿qué más da?—; ser marxista es algo que cansa, que irrita que ofende a la lógica misma de la imagen: el espejo.

¿A qué llamamos postmodernidad? A una época que ya no quiere pensar en qué sociedad vive porque ya no sería capaz de soportar la realidad; la realidad de seguir siendo, de hecho y sin sorpresa, miembros de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad capitalista. Postmodernidad es una inercia deliciosa gracias a la cual, demasiado fatigados para ver con la razón, accedemos a una lógica superior, la que nos lleva a bostezar ante las palabras cien veces repetidas, ante esas palabras que ya ni los oídos ni los ojos pueden preferir al último diseño de Adolfo Domínguez.

Pero que no se diga que esto es renunciar a la inteligencia. Nada de irracionalismos trasnochados. Gracias a estas breves páginas se comprobará cómo la postmoderna declaración de guerra al concepto es también, al mismo tiempo, el más inteligente de los triunfos del Entendimiento Humano.

2. ¿Por qué podemos dejar de pensar?

Ante todo, porque ya no pasa nada. ¿Para qué pensar entonces? Vivimos en un mundo de imágenes: «gustar, gustar a los demás, gustarte a ti mismo…», ésta es la consigna. El espacio y el tiempo han sido abolidos: la imagen no está sujeta a ellos, ha suspendido sus efectos, los ha superado. La peluquería, la moda, la publicidad, el diseño, pertenecen en realidad a un «discurso» más amplio, más profundo. La televisión, los *mass-media*, nuestra propia inteligencia no nos informa de lo que ocurre; mas no porque se engañen sino porque, sencillamente se limitan a in-formar: no podrían relatar con imágenes la realidad cuando la realidad misma es imagen. ¡La realidad no existe! La imagen ha exorcizado lo real, ha usurpado y sustituido lo real…, ha barrido la negra e inconjurable raíz de castaño sartreana del horizonte de nuestros problemas. Basta con que una catástrofe, una guerra, un bombardeo aparezca en la pantalla de un televisor para que se convierta inmediatamente en algo que no ha sucedido. El hiperrealismo de la imagen nos inmuniza contra la realidad, desplaza la realidad al universo de la noticia, es decir, a un universo en el que no hay verdaderamente acontecimientos. Hay películas de la Segunda Guerra Mundial; luego tal cosa nunca ocurrió. Imágenes, imágenes vertiginosas, fulminantes, divertidas. Somos finalmente dueños de la Historia, conservamos su fotografía y podemos, por tanto, olvidarnos de su realidad. Si la realidad fuera real, ¿para qué tendríamos necesidad, además, de su imagen? Los mismísimos filósofos ilustrados aprobarían este argumento: si la imagen no añade nada a la razón, si no hace más que reproducir lo real, ¿cómo podría ni tan siquiera haber imágenes? Estos pensamientos no son ya paradójicos en la postmodernidad: el diseño, la moda, la publicidad e

incluso el periodismo han tenido el valor de aceptarlos. Sólo quedan unos cuantos filósofos, unos pocos modernos obstinados en seguir pensando, repitiendo monótonamente que una imagen ni aclara nada ni puede refutar a un concepto, aunque sea —desde luego— mucho más convincente. Sólo ellos se empeñan todavía en creer que Etiopía, Libia, Nicaragua, Reagan, Gorbachov, las nubes radiactivas o la jornada laboral de ocho horas son otra cosa que hueros caracteres de imprenta o imágenes del telediario. Algunos marxistas incluso se complacen en afirmar que constituyen realidades, perfectamente explicables, por lo demás, mediante conceptos de reiterada modernidad.

3. ¿Por qué todavía hay marxistas tan testarudos?

Es que hay marxistas que todavía creen en lo real y aducen como pruebas realidades, de modo que no pueden evitar ya la tentación de pensarlas. Es así como descubren que seguimos viviendo no sólo en la sociedad «moderna» sino también en la sociedad capitalista. Hacen bien en llamarse marxistas, pues a fin de cuentas hacen lo que ya hiciera Marx hace más de un siglo: tratar de comprender la lógica interna que rige nuestro mundo. El que sus conclusiones teóricas les lleven a optar por programas de «izquierda» de una u otra tendencia es cuestión verdaderamente accesoria. Al fin y al cabo, es verdad que la obra fundamental de Marx no se llamaba *El Comunismo* sino *El Capital*.

Sí, ése es su problema: que todavía quieren pensar. No hay que despreciarles ni denunciar error alguno en ellos; lo único que ocurre es que han olvidado lo fundamental: que lo real es sólo imagen. Por sus posturas prácticas no hay que preocuparse… nunca serán unos hombres de moda ni saldrán en primera página del suplemento dominical de El País.

4. ¿Realmente son capaces de creer que aún existe la sociedad capitalista?

Sí. Ni siquiera hablan de postcapitalismo. Al parecer no han entendido la noción de posteridad ni han sido sensibles a ninguna sorpresa. Se resistieron ya en una ocasión a hablar de sociedad postindustrial allá por los años sesenta y ahora se empeñan en seguir con el mismo cuento. No es que pretendan que la sociedad de hoy es idéntica a la descrita por Marx o que juzguen accesorios y triviales los cambios sobrevenidos desde 1883. Lo que dicen es que Marx no describió ninguna sociedad, sino que la pensó. Lo que creen es que los conceptos utilizados siguen aportando la clave para el análisis de esta sociedad, pues las estructuras básicas que expresan siguen siendo realmente determinantes. Olvidan que el vacío teórico premeditado del nuevo universo de la imagen vuela siempre ágilmente, velozmente, por delante de la torpe lentitud del concepto. Su verdadero problema no es el «dogmatismo», como quisieron hacernos creer algunos antimarxistas igualmente modernos; su verdadero problema es la insensata y tozuda confianza en que existe algo real y algo que pensar.

Como prueba fehaciente de los vicios recalcitrantemente aburridos que entraña esta confianza en lo real, conviene escuchar los argumentos con los que pretenden demostrar que en la postmodernidad sigue existiendo la sociedad capitalista. Según los marxistas:

Esta sociedad sigue siendo capitalista:

1) Porque las condiciones generales de trabajo siguen siendo propiedad privada.

2) Porque, de ese modo, es imposible trabajar si no es intentando vender tu trabajo.

3) Porque siendo toda mercancía algo trabajado, resulta evidente que el trabajo no puede ser realmente vendido.

4) Porque, consiguientemente, el salario no paga al obrero su trabajo sino el valor de todo aquello que necesita para volver a trabajar al día siguiente.

5) Porque es evidente, por tanto, que da exactamente lo mismo que el obrero fabrique una cosa u otra (pan o misiles, coches o tanquetas), siendo lo único importante que el obrero trabaje más de lo que cuesta mantenerlo con capacidad de trabajo para el día siguiente.

En resumen: esta sociedad es la sociedad capitalista porque no fabrica objetos sino con ocasión de producir una DIFERENCIA entre dos cantidades de trabajo: un sobretrabajo o plusvalor que no sólo es raíz del beneficio del capitalista sino que es, en realidad, el único y verdadero producto que fabrica esta sociedad.

La postmodernidad no pretende negar nada de esto. Al contrario, si se tratara de explicar las cosas, todo ello podría resultar muy útil. El error de los marxistas no radica ahí: radica en el hecho de creer que es conveniente en absoluto explicar algo. En seguida se comprobará hasta qué punto esa tozudez teórica da pésimos resultados prácticos y resulta preocupantemente peligrosa para todos. Se constatarán así las razones últimas que la postmodernidad ofrece a favor de dejar de pensar.

5. ¿Por qué en la postmodernidad fabricar armamento o morir envenenado por la colza es sólo cuestión de casualidad?

Porque esta sociedad sigue produciendo lo mismo que la sociedad moderna: plusvalor. ¿Quién ha querido negarlo? Mientras no se altere la estructura en que consiste la producción de plusvalor, es impensable que se pueda producir otra cosa. Nosotros creemos estar fabricando coches, neveras, pan, desodorantes, nos sentimos orgullosos de producir tantas cosas útiles para el hombre y ciertamente apesadumbrados por fabricar inexplicablemente algunas perjudiciales: pues también fabricamos bombas, metralletas, tóxicos, etc… No sabemos a quién echar la culpa de que esta última insensatez sea inevitable y deducimos, por tanto, que tiene que haber gente buena y gente mala como si la historia fuese un *western* de Hollywood. Por supuesto, ni por asomo se nos ocurre pensar en lugar de juzgar sirviéndonos de nuestra opinión: somos demasiado perezosos para comprender que, dadas determinadas condiciones, la sociedad no produce ni neveras ni maquinaria ni misiles en realidad. Esto es: que no fabrica una cosa u otra sino como vehículo de producción de un «objeto» supremo en el que nadie repara: una diferencia entre cantidades de trabajo que representa el beneficio de aquél que posee la propiedad de las empresas.

Es evidente que los sueldos no tienen nada que ver con la cantidad de trabajo asalariado. Esta cantidad, por otra parte, está fijada en ocho horas de antemano. Y el sueldo no sube porque se trabaje más sino porque sube el coste de vida. El salario paga, en definitiva, el valor necesario para que el obrero pueda volver a trabajar a la mañana siguiente. En el siglo pasado bastaba con pagarle el precio del pan. Ahora en muchos casos, es preciso

además que el obrero tenga un coche y el dinero suficiente para comprar desodorante. Pero la estructura básica es la misma. Lo importante sigue siendo que cualquier asalariado produzca directa o indirectamente más valor del que puede consumir y, por tanto, más valor del que el capital invierte en su salario. Esta sociedad no fabrica ni coches ni pan ni misiles, porque nada se produce en ella sino para mantener la producción de esa diferencia entre el tiempo trabajado por los asalariados y el trabajo que cuesta lograr que sigan trabajando día a día. En realidad, esta sociedad no produce misiles, podemos estar tranquilos. Nadie sería tan malvado para hacer una cosa así. Esta sociedad no produce sino una resta, y una resta ni estalla ni se come ni envenena ni tiene ruedas con las que poder arrollarnos.

Esta sociedad no produce, en verdad, nada que no sea *a priori* beneficio capitalista y, toda vez que la economía es de carácter privado, todo lo que se produce entraña espontáneamente este beneficio. Y también a la inversa: todo lo que entrañe este beneficio merece ser producido. Es por lo que, de paso, es decir, tangencialmente (a modo de efecto secundario), se producen también coches, neveras, misiles, desodorantes y por lo que incluso, a menudo, conviene que sean utilizados. Pero decir que esta sociedad fabrica tales objetos sería tan absurdo como pretender que lo que fabrica un zapatero no son zapatos sino cuero-cosido y goma-prensada o que lo que fabrica la casa SEAT es hierro-forjado y aluminio-prensado… Del mismo modo que un zapatero fabrica zapatos aunque para ello tenga que coser cuero y prensar goma, esta sociedad fabrica beneficio capitalista aunque para ello tenga que fabricar panes, coches o misiles. Por idéntico motivo y no por ningún otro, es por lo que conviene que esas cosas sean consumidas.

6 ¿Por qué conviene consumir?

Podría pensarse que conviene consumir porque si se ha fabricado pan es para comerlo y si se ha fabricado un coche es para utilizarlo. Pero no es en absoluto así. Acaba de verse cómo en realidad nadie ha fabricado ni pan ni coches ni desodorantes. De ahí que esta sociedad fabrique muchas cosas que nadie utilizará jamás, como ocurre con la mayoría de nuestras armas atómicas. Si, a veces, conviene que las cosas sean consumidas no es para saciar el hambre o calmar la sed del consumidor, como tampoco es cierto que las bombas estallen con la intención de matar a nadie. La bomba no era bomba ni el pan era pan: en puridad, ambas cosas eran, ante todo, beneficio del capitalista. Lo que ocurre es que el sistema productivo de la economía privada tiene la peculiaridad de que el beneficio capitalista no aparece milagrosamente transformado en dinero, de tal modo que las empresas puedan inmediatamente invertirlo o gastarlo. El obrero ha dejado esa diferencia entre cantidades de trabajo en forma de mercancías que sólo sirven al capitalista si éste logra transformarlas de nuevo en dinero mediante su venta en el mercado.

Pero da igual: no sólo los productos beneficiosos se venden; también se venden los perjudiciales y éstos quizá de forma más fácil y rápida. El comprador puede optar por comprar o no pasta de dientes, pero no tendrá más remedio que comprar una metralleta si estalla una guerra que le obligue a ello. Desde su punto de vista estará «comprando una metralleta»; en realidad, sólo está permitiendo que un determinado beneficio se transforme en dinero bajo la forma de metralleta; en realidad, ha consumido un producto que antes de ser bomba, nevera o misil, es —como todos— el beneficio de una empresa privada. Con esa metralleta condena sin duda a

sus semejantes a una muerte cierta. Pero no importa: al mismo tiempo salva la economía privada, lo cual es desde luego mucho más importante y, además, lo único que se impone por necesidad en esta sociedad.

En resumen: mientras siga pudiendo operarse esta resta entre el trabajo total de los asalariados y el trabajo que pueden éstos pagar con su salario, es una estupidez lamentarse de que se produzcan ciertas cosas o alegrarse de que se produzcan otras. En todos los casos se habrá fabricado un solo producto: el beneficio necesario para la empresa. La prueba es que la existencia de este beneficio se impone sobre todos los argumentos humanos por la paz y provoca la producción de misiles y granadas. La prueba es que, aun si en determinados casos nos alegramos de haber producido —por ejemplo— comida, ésta sólo podrá ser consumida (es decir, convertida realmente en «comida») si el beneficio capitalista lo permite en cada caso. De lo contrario, esa comida es quemada o arrojada al mar sin el menor recato, como año tras año ocurre con los *stocks* de la agricultura. Esto puede parecer una barbaridad a los cientos de millones de seres humanos que pasan hambre, pero veámoslo desde otro punto de vista: eso es una solución para una economía privada que, si procediese de otro modo, sólo lograría incrementar su crisis. ¿Acaso esos tomates, esos plátanos, ese pan, fueron «comida» alguna vez? Antes que nada, eran vehículos de un beneficio y si ese beneficio no puede transformarse en dinero a causa de una saturación del mercado, es razón suficiente para que los tomates ya no sean tomates ni los panes panes: serán reducidos a cenizas, destruidos…

7. ¿No es maravilloso que progresemos técnicamente a tan enorme velocidad?

Ironías aparte… sin duda. Nada hay tan evidente desde la prehistoria. El hombre siempre ha tratado de ahorrarse trabajo sirviéndose de la técnica. Trabajando menos para producir la misma o mayor riqueza, el hombre puede dedicarse a pensar, a divertirse, a procurarse relaciones humanas más gratificantes, a cultivar el arte, la ciencia y la poesía. En definitiva: venciendo a la naturaleza, el ser humano puede imponer su propio ritmo a la Historia, tomar sus riendas y ser más libre.

Bien es verdad que hoy en día la maquinaria y la técnica no hacen sino provocar paro y, al tiempo, no ahorran en absoluto trabajo a los que tienen la fortuna o la desgracia de conservar su colocación. Bien es cierto que el hombre sigue perdiendo en general toda su vida en intentar sobrevivir y que la maquinaria no parece haber satisfecho las expectativas que se habían puesto en ella. Este fracaso constituye un verdadero misterio y, al parecer, no es posible hallar una explicación convincente, pues con todo sigue siendo incuestionable que la maquinaria no puede tener culpa alguna, salvo que queramos hacer responsables a un montón de tuercas y tornillos. Hasta los salvajes saben que un instrumento —un hacha, un arco, un arado— ahorra trabajo al hombre y se felicitan por ello.

Pero es que… en las condiciones capitalistas de producción, ¿quién quiere ahorrar trabajo? De una diferencia entre cantidades de trabajo se mantienen las empresas y, si éstas se arruinan, nadie podrá ya trabajar. En estas condiciones es muy conveniente seguir trabajando al máximo, no vaya a ocurrir que la empresa se arruine y acabemos en el paro más de los que aconseja la prudencia. También es verdad que, para seguir trabajando como

antes, bien podríamos habernos ahorrado el esfuerzo de producir maquinaria. Por otra parte, si la maquinaria ahorra trabajo y, sin embargo, nosotros seguimos trabajando al máximo, fabricamos un exceso de riqueza, circunstancia que en abstracto parece incluso muy halagüeña, pero que, en las condiciones de la economía privada, puede llevarnos al desastre: superproducimos y, no encontrando luego mercado, las empresas acumulan *stocks* y entran en crisis. No parece fácil, pues, encontrar una solución, puesto que de una forma u otra nos vemos amenazados por el paro: si introducimos la maquinaria, obligados como estamos a seguir trabajando por la propia lógica de la economía privada, acabaremos por producir más de lo que el empresario pueda vender, y éste acabará por reducir la plantilla; si no la introducimos, lo hará la competencia, que venderá más barato que nosotros y provocará la quiebra de nuestra empresa, abocándonos de la misma manera al inevitable paro.

No cabe duda de que todo esto es bastante insensato. Sin embargo, como no podemos echar la culpa a un montón de cables, tuercas y tornillos, conviene pensar que se trata de un misterio y preguntar:

8. ¿Por qué será que al hombre le encanta matarse a trabajar?

De otro modo no se podría explicar que, residiendo el problema y la crisis en la imposibilidad de las empresas de encontrar mercados para sus productos y existiendo un excedente de riqueza almacenada en *stocks*, el hombre se niegue a reducir su jornada laboral y a concederse un descanso que le permita consumir esa riqueza. Claro que decir que es un capricho del hombre el trabajar por trabajar para luego destruir o almacenar su riqueza no es una explicación muy inteligente. Decir esto es preferir el misterio a las causas. Pero es que… ¡conviene que sea un misterio!

Conviene que sea un misterio y que derramemos unas lagrimitas de tarde en tarde sintiéndonos perplejos ante tamaño absurdo, pues de lo contrario no tendríamos más remedio que pensar en el asunto y entonces…

Entonces tendríamos que reconocer la verdad: que en sí misma la técnica no representa ningún peligro para la humanidad… siempre y cuando ésta pueda decidir libremente su aplicación. Tendríamos, pues, que reconocer que, si provoca nefastas consecuencias es porque con ella se fabrica más beneficio capitalista del que puede comprar el mercado. Tendríamos que reconocer, en suma, que el único problema es la estructura misma de la economía privada, que impide aprovechar una riqueza que no encuentre mercado, incluso si está ya en nuestras manos. Entonces comprenderíamos la verdadera raíz de la tragedia: la mayor parte de nuestros problemas humanos son nuestros problemas, pero al mismo tiempo son las soluciones de la economía privada y la única salida posible para retrasar y contener la crisis. Esta es la pura verdad, pero no nos conviene tener el valor de reconocerlo. Ni conviene a los empresarios ni conviene a

los obreros, y ésta es justamente una de las omisiones más graves de los marxistas. Si mi empresa se arruina, ¿qué será de mí? Consentiré, por tanto, en trabajar lo mismo, aun si contamos con una maquinaria que nos ahorra trabajo, pues quizá de este modo mi empresa logre imponerse a la competencia y ser la última en quebrar. Estaré muy contento de perder toda mi vida trabajando pese a las revoluciones tecnológicas de este siglo, toda vez que la otra alternativa que se ofrece es el paro inmediato. Por supuesto, ni por un momento se me ocurrirá pensar que tan lamentable situación tiene su origen en el mero hecho de que las empresas son privadas. Esto es demasiado verdadero para resultar convincente[3].

9. ¿Por qué es bueno destruir nuestra riqueza?

No hace mucho tiempo el telediario nos ofrecía unas imágenes edificantes: la de un par de excavadoras, en Tenerife, arrojando diligentemente al mar miles de toneladas de tomates y de plátanos. Todos los años asistimos a una infinidad de escenas como ésta… Hemos trabajado duro en cosechar los plátanos, en recogerlos y almacenarlos, pero de pronto no conviene que nos los comamos y tenemos que trabajar un poco más para quemarlos. De hecho, los cosechadores ya no ruegan a San Antonio que sea pródigo en lluvias y el refrán «año de nieves, año de bienes» ha dejado de ser cierto. En los últimos años, los cosechadores de trigo de Burgos escrutan el cielo con la esperanza de que deje caer un granizo que arruine sus sembrados; de este modo, tras haberse dejado los lomos arando los barbechos, se ahorran al menos el trabajo de tener que recoger un millar de toneladas de trigo que luego tendrían que ocuparse de destruir. Esta desgracia tuvieron precisamente los cosechadores de patatas de La Rioja: el año había sido «tan bueno» que tuvieron que tirar la mayor parte de la cosecha para no perder dinero. A un espectador ingenuo que pase por Valladolid podría extrañarle que las fábricas de coches se declaren en crisis cuando resulta que han tenido la suerte de fabricar miles y miles de automóviles que se pudren en los almacenes. ¿Por qué, en lugar de seguir fabricando, no esperan tranquilamente a vender la riqueza que ya tienen en sus manos? Muchos de esos costosos y sofisticados aparatos nunca llegarán a venderse… ¿Por qué no bajar los precios? E incluso, ¿por qué no regalarlos si se van a perder de todas formas?

¿Por qué? Porque eso sería nefasto, nefasto para todos. Si un empresario acumula un *stock* de mercancías imposibles de vender, sigue siendo muy

rico, sí, pero esta riqueza no le sirve para nada. ¿Qué iba a hacer él con mil Seats Panda o con cien mil toneladas de tomates? El caso es que ha invertido su dinero y que, si no logra transformar de nuevo ese *stock* en dinero, no podrá abrir la fábrica al día siguiente, pues no tendrá con qué pagar a los obreros ni con qué comprar las materias primas ni la maquinaria necesaria para imponerse a la competencia. Si en un arranque de magnanimidad decidiera, por ejemplo, regalarnos esos coches inútiles, nos haría un flaco servicio: al regalar parte de sus productos perdería la posibilidad de vender la otra parte y de ese modo la empresa habría firmado su sentencia de muerte. Nos habrían dejado en paro, sin dinero para llenar el depósito de gasolina o para pagar el impuesto de circulación. Acabaríamos, pues, teniendo que arrojar el coche por un barranco y para eso es mejor que sea el propio empresario el que se encargue de hacerlo directamente.

Destruir la riqueza que tanto nos ha costado producir puede ser doloroso y triste desde una perspectiva humana; pero es una solución, la única solución, si dejamos de preocuparnos egoístamente de la humanidad y pensamos que, verdaderamente, un coche no es un coche hasta que no es un beneficio privado transformado en dinero. Podría quizá parecernos sensato reducir el precio de los productos hasta que encontraran salida en el mercado. A veces se hace, pero a la larga siempre sale mal. Con ello reducimos el beneficio de la empresa, de suerte que ésta cuenta con menos dinero para reinvertir en la investigación e introducción de nuevas tecnologías, firmando así su sentencia de muerte a manos de la competencia.

10. ¿Por qué no conviene entregar nuestros *stocks* a un Tercer Mundo hambriento?

Porque en el Tercer Mundo también nos compran y sería insensato renunciar a un mercado, por insignificante que sea. Sería perjudicial para las empresas, perjudicial para los que trabajamos en ellas y, por tanto, perjudicial también a la larga para los pobres negritos, que ya ni siquiera podrían recibir limosnas de nuestros bolsillos vacíos[4].

11. ¿Por qué es prudente pasar hambre?

Porque, bajo el dominio de la economía privada, es imposible repartir la riqueza. No es que esté mal repartida, como a veces dicen los cristianos: es que es imposible repartirla bien. La prueba es que «destruirla» es una solución y no, como podría ingenuamente pensarse, un inconveniente[5].

12. ¿Por qué es razonable morir de hambre en un mundo que arroja sus *stocks* al mar?

Porque morir de hambre puede ser un problema para los hombres, pero no para la estructura de la economía privada. Un *stock*, en cambio, es una inmensa alegría para los hombres: es prueba de que se ha trabajado no sólo lo suficiente sino incluso de más. Sin embargo, no es así para la economía privada, pues para ella un *stock* no es más que el primer síntoma de la proximidad de una crisis. Presagia, a breve o largo plazo, la ruina de su propietario. De ahí que éste, mucho más sensato y precavido que nosotros, prefiera tirar o destruir la mercancía antes que entregársela a quienes la necesiten. Regalarla sería lo mismo que renunciar al dinero que precisa para estar a la altura de la competencia. Si mantiene la producción, aumenta el mal, pues aumenta el *stock*. Si reduce la producción, no rentabiliza el dinero invertido en materia prima y salario y es como si ya hubiera cerrado la fábrica de hecho. Todos los caminos conducen a la crisis. Si no produce, no produce beneficio y se arruina. Si produce, no puede transformar su beneficio en dinero y se arruina también. ¡Qué de problemas! Con razón se quejan los pobres empresarios. Y, para colmo de males, hay encima ciertas mentalidades modernas, egoístas y obsoletas, que se atreven todavía a hablar del Hombre y la Felicidad. ¿Es que no se dan cuenta de que en la postmodernidad la crisis es mucho más sensata y razonable que la Felicidad? El que piense lo contrario que considere un momento lo felices que nos haría el que el precio del tomate bajara hasta encontrar mercado, de modo que nuestros niños, sí, se atiborrasen de mermelada y salsas caseras pero haciendo quebrar con ello a nuestras empresas, con lo que, una vez en paro, ya no podríamos siquiera comprar tomate en lata.

Podríamos pensar que, suprimida la propiedad de la empresa, suprimido también el problema, pero esto es demasiado verdadero como para ser real. Es mejor, pues, seguir pensando que todo es un misterio.

13. ¿Por qué es tan malo que haya riqueza de sobra para todos?

Eso no conviene ni pensarlo. Es mejor pensar que es bueno que el hombre viva en la miseria porque de ese modo, por lo menos, expía la culpa de su pecado original. No es, desde luego, un argumento muy sólido, pero tiene la ventaja de apartar nuestra atención de la verdad: no es malo para el hombre que haya riqueza de sobra. Parece evidente que, por muy ricos que seamos, no dejaremos de alegrarnos si, además, nos toca la lotería. De ahí que, si en esta sociedad es malo que haya riqueza de sobra, es porque esto perjudica a las empresas privadas, que no pueden entonces encontrar mercado para sus productos y sucumben fácilmente a las presiones de una competencia que fabrica más y mejor. Y si estas empresas se arruinan nos buscamos nosotros la ruina también.

En conclusión: es muy malo que haya riqueza de sobra para una humanidad que depende punto por punto de unas necesidades económicas que siempre encuentran su problema en los mismos resultados en los que el hombre podría basar su alegría.

14. ¿Por qué es mejor creer que todo el problema reside en que somos demasiados?

Lo mejor para no enterarse de nada y poder perder alegremente toda la vida, sin remordimientos de conciencia, trabajando a merced de esta lógica estúpida y absurda, es sencillamente ignorar el fenómeno de la sobreproducción, cerrar los ojos cuando el telediario nos muestre cómo se arrojan las cosechas al mar y considerar, por tanto, que, aunque se hayan desperdiciado premeditadamente las cosechas, el encarecimiento del precio de las patatas es una especie de desastre natural, un accidente, una desgracia… También da buenos resultados recurrir a la opinión común de que somos demasiados y echar la culpa, en consecuencia, a la superpoblación. ¡Qué fatalidad! ¡No hay bastante para todos! Lo que no se entiende, sin embargo, es la causa de que, habiendo superpoblación, se impida a los parados trabajar en lugar de poner a todo el mundo a trabajar para producir más riqueza y de que roguemos al cielo, no la lluvia que multiplicaría nuestras cosechas, sino el granizo destructor que nos permita cobrar el seguro y sacar así un rendimiento a una cosecha que, de otro modo, luego no íbamos a poder vender. Asimismo, tampoco se entiende por qué no hay parados en China, que es el país más superpoblado del planeta[6].

Por lo tanto, está claro: es muy conveniente pensar que la superpoblación es la responsable de todos nuestros males, porque gracias a esta majadería nos evitamos tener que reconocer que la propiedad privada de las condiciones globales de trabajo es la verdadera y única responsable del hambre, la pobreza, el paro, etc. Es muy conveniente ocultar que hay riqueza suficiente e incluso de sobra y complacerse en esta consoladora

mentira: «tanta tragedia es el resultado de que no hay en el mundo suficientes recursos para todos».

15. ¿Por qué conviene ser idiota a la hora de explicar el paro?

Porque, si no fuésemos un poco idiotas, no tendríamos más remedio que descubrir hasta qué punto es absurdo o incongruente afirmar que «falta trabajo». ¿Cómo podría «faltar trabajo»? Lo único que puede faltar al hombre es riqueza, y, si éste fuese el caso, lo único que «haría falta» sería trabajar más. Y si lo que ocurre es lo contrario, si lo que ocurre es que sobra riqueza, ¿a fin de qué seguir trabajando? Demasiado ingenuo, demasiado sencillo, sin duda. Sin embargo, así de ingenuo y de sencillo es este problema en lo que concierne a los seres humanos. Lo que pasa es que aquí no sólo cuentan los seres humanos. Además de ellos, hay unas estructuras productivas que tienen sus propias necesidades. Toda vez que cualquier posible condición de trabajo es de carácter privado, sólo podemos trabajar a través del contrato con un propietario. Por otro lado, conviene trabajar, porque la propiedad de las empresas se adueña por ese procedimiento de todos los productos sociales y necesitamos, en consecuencia, dinero para poder comprárselos después. No es ése, sin embargo, el problema. Si se tratara sólo de esto, podríamos denunciar quizá la explotación en una de sus formas, pero nunca podríamos quejarnos de que «falta trabajo», pues cuanto mayor fuera el número de obreros y mayor el número de horas trabajadas más se beneficiarían teóricamente los empresarios. Pero es que, en efecto, el problema es mucho más complicado: el propietario no se conforma con obtener un gran beneficio en forma de productos; quiere además transformarlos en dinero y para ello necesita un mercado. Y si no encuentra ese mercado se puede ver obligado, en un determinado momento, a reducir su plantilla para reducir así la producción.

Sí, en efecto: el problema es mucho más complicado. Si falta mercado, sobra riqueza, riqueza que no podemos consumir, pues si no trabajamos no es porque nos guste holgazanear sino porque estamos en paro, lo cual es muy distinto. Cuando a nosotros nos falta riqueza es justo cuando a nuestra economía le sobra y es entonces, precisamente, cuando no nos dejan trabajar. Y cuando a nuestra economía le falta riqueza, que es cuando no hay crisis y todo va bien, se quedan esa riqueza unos pocos a cambio de hacernos el favor de permitirnos perder nuestra vida trabajando…

Sí…, todo es muchísimo más complicado porque entre los seres humanos y sus productos existe una interferencia complicadísima: la economía privada. Gracias a ella estamos muy contentos de matarnos a trabajar: así beneficiamos a nuestra empresa y, evitando que quiebre, no corremos el riesgo de acabar en paro. Pero también tenemos que estar muy contentos de estar parados: porque si siguiéramos trabajando durante la crisis, la empresa se arruinaría del todo y acabaríamos en el paro no sólo nosotros sino también nuestros amigos. Claro que podríamos preguntar aún:

16. ¿Por qué sería nefasto que nos repartiéramos el trabajo con los parados?

Lo más prudente al respecto es acogerse a un lugar común que oculta no sólo una mentira sino, además, una estupidez: «sería nefasto porque entonces tendríamos también que repartir nuestro sueldo, que no es muy alto por lo general». Sin duda esto es mentira, pues si el paro es una consecuencia del exceso de riqueza, no se entiende por qué, en lugar de repartir ese excedente de riqueza, habría necesidad de repartir nuestros salarios. Es una mentira, sí, pero conviene creerla… ¿Por qué? Porque resulta que este problema también es «más complicado»: ¡no somos nosotros los que tenemos que repartir nuestros sueldos! Es el dueño de la fábrica el que tendría entonces que pagar dos salarios en lugar de uno para fabricar la misma riqueza, pues si fabricara más ya no encontraría mercado donde venderla. Así que nos conviene creer que es imposible repartir el trabajo: si ponemos en esa encrucijada al empresario, sus problemas aumentarán y la crisis se agravará; se verá obligado a cerrar una fábrica que no le reporta suficiente beneficio y, en lugar de regalárnosla para que podamos continuar trabajando por nuestra cuenta, la venderá a otras empresas privadas o le prenderá fuego para poder cobrar el seguro, después de huir al extranjero con el dinero que nos debiera.

Si repartiéramos el trabajo con los parados en estas condiciones, acabaríamos todos engrosando la lista del paro y nos habríamos hecho el peor de los servicios. Es mucho mejor creerse cualquier mentira que impida que podamos concebir semejante proyecto, por muy humanitario y sensato que nos parezca. Mientras exista la economía privada, no conviene ser sensato ni humanitario: no nos conviene, ni a nosotros ni a los empresarios.

17. ¿Por qué el PSOE no tiene la culpa de no haber podido crear 800.000 puestos de trabajo?

Porque el paro podrá ser un problema humano y, por tanto, quizá también político, pero, al mismo tiempo, en lugar de ser un «problema» es una necesidad: una necesidad de la economía privada. Sin intentar cambiar la estructura de esta economía, es una tontería intentar crear trabajo: el paro no es un problema económico, es una solución, una solución a la que recurren las empresas para no arruinarse del todo y para no arruinar consigo a la economía nacional creando aún más parados. De forma que ni el PSOE ni programa político alguno puede en serio ni pretender, ni querer, solucionar el paro: el paro es la solución a los problemas de una economía que ni se les ocurre pensar en atacar.

18. ¿Por qué es verdad que el PSOE es un partido «obrero» aunque parezca lo contrario?

Porque es evidente que, sin atacar la economía privada, la única forma de no arruinar la vida a los obreros es hacer toda clase de concesiones a la Banca y a las empresas, tanto nacionales como extranjeras. Lograr que éstas no se arruinen es la única forma de que los obreros no acaben en paro. El PSOE, por tanto, beneficia a las empresas privadas porque, sin desprivatizar esas empresas, es la mejor medida que podría tomar para sus obreros. De hecho, los propios obreros, con ese maravilloso «instinto» del que gozan las clases bajas, así han debido comprenderlo en seguida, puesto que casi todos votaron a un partido que, sobre todo, prometía «apretarles el cinturón».

19. ¿Por qué conviene que el PSOE traicione su «socialismo» vendiéndose a las empresas privadas y al imperialismo yanqui?

Porque si no lo hiciese atentaría contra los intereses de las empresas, que son las que tienen dinero. Y como con dinero pueden comprarse todas las armas del mundo, de no hacerlo, Estados Unidos nos invadiría o propiciaría un golpe de estado que ellos, pobrecillos, no podrían evitar.

20. ¿Por qué conviene, sin embargo, que siga llamándose socialista?

Esto parecería no tener explicación, pero sí la tiene. Porque la mejor forma de beneficiar a las empresas privadas es socializarlas cuando ya no tienen más que pérdidas. Eso es lo que hizo con Rumasa: socializar un montón de pérdidas. Es decir, hacer comprender a los obreros lo mucho que les conviene sufragar con sus impuestos los errores de la economía privada a la que pertenecen. La verdad es que, por mucho que se enfadara por ello AP, Fraga hubiese hecho lo mismo; es más, iniciativas de este tipo eran tomadas frecuentemente por la política económica franquista. Porque socializar beneficios es una medida de izquierdas, pero socializar pérdidas no es ni de izquierdas ni de derechas, es sencillamente la única solución que puede adoptarse cuando una empresa va a quebrar si no quiere dejarse en paro a toda la plantilla. Una vez más, la frasecita importada de China sobre los gatos blancos y negros que cazan ratones nos viene de perilla.

21. ¿Por qué da igual quién gobierne?

A la *postmodernidad* le da igual quién gobierne. Pero no porque sean unos «pasotas» trasnochados. Da igual quién gobierne porque, gobierne quien gobierne, nadie intentará restringir el poder de las empresas, pues eso sería atentar contra los intereses de la economía de la que a la postre dependen los obreros. Gobierne quien gobierne seguirán gobernando la CEOE y la Banca, a no ser que se trate de un partido decidido a atacar la economía privada.

De ahí que tuviese razón Alfonso Guerra el pasado 7 de mayo cuando afirmó que a la izquierda del PSOE no había nada y a la derecha…, nada. No es que defienda el partido único nacional-socialista como Hitler o Mussolini. Es que defiende a la CEOE…, y por tanto a los obreros, pues éstos dependen a vida o muerte de la suerte de sus empresas. Sólo se olvidó de añadir que entre la nada de izquierdas y la nada de derechas no hay más que la nada («la Nada soy yo», podría haber exclamado parafraseando a otro monarca absoluto): la nada y una tropilla de pelafustanes, maleducados y arrogantes como él que se envalentonan con nosotros para tratar de ocultar que andan chupándole el culo a los empresarios y los banqueros, es decir, a quienes son, en realidad, el verdadero gobierno de esta sociedad[7].

22. ¿Por qué hemos dejado de pensar y, sin embargo, somos tan inteligentes?

Porque para seguir ganándonos el pan con el sudor de nuestra frente hemos encontrado el truco de tirar el pan en lugar de comérnoslo. Con eso arruinamos sin duda nuestra vida, pero salvamos la economía privada, que es lo que nos proponíamos.

23. Eso es realmente maravilloso, pero ¿no existen otras formas de derrochar riqueza a las que podamos recurrir?

¡Claro que sí! Por eso somos tan inteligentes. Podemos arrojar al mar los tomates o no recoger las cosechas, pero no sería bueno hacer lo mismo con todos los productos. De modo que es mucho mejor fabricar coches, televisores o cualquier otra cosa, pero fabricarlos mal a propósito de forma que se estropeen antes, se renueve el mercado y nuestra empresa tenga más posibilidades de evitar la quiebra. ¿No es un sofisticado bien de consumo? Bien es verdad que, en abstracto, convendría fabricar las cosas lo más perfectas que fuera posible para que duraran más tiempo y pudiéramos descansar o dedicarnos a cosas tan provechosas como la ciencia, la poesía o el ocio. Pero es que, en las condiciones impuestas por la economía privada, si las cosas duran las empresas no encuentran mercado, los productos en lugar de venderse se almacenan y nosotros en lugar de descansar podemos quedar en paro.

24. ¿Por qué es bueno que ayudemos a destruir riqueza?

Porque es mucho mejor. Por ejemplo, es más que conveniente no poner válvulas a los mecheros: si lo hiciéramos no podríamos seguir arruinando ocho horas de cada día de nuestra vida en fabricarlos, porque en muy poco tiempo habría ya suficientes mecheros para todos. Los propietarios de las fábricas de mecheros tendrían entonces un *stock* excesivo y se verían obligados a arrojar los mecheros al mar, como sucede con los tomates, perdiendo así todo el dinero que habían inventado. Sería el caos. Se arruinarían las empresas y acabaríamos en el paro. Es mucho mejor que, además de fabricar esos productos, tengamos luego que comprarlos y entonces nos ocupemos nosotros mismos de tirarlos. Se trata de un truco maravillosamente refinado que salva las necesidades de nuestra economía. Claro que es una pena tirar unos artículos que están todavía en perfecto uso, artículos en los que hemos invertido tantas y tantas horas de trabajo y de sudor. Pero no importa: estamos tan acostumbrados a hacerlo que ya ni nos damos cuenta; lo olvidamos hasta tal punto que luego nos creemos mentiras como la de que «falta riqueza y por eso hay miseria», sin percatarnos de que constantemente nos encargamos nosotros mismos de tirar la riqueza que poseemos.

25. ¿Por qué es bueno que nos laven el cerebro con la publicidad?

Porque es buenísimo para nosotros que nosotros que nos dejemos engañar. Si no lo hiciésemos tendríamos que estudiar economía a fin de comprender las razones por las que es de vital necesidad para nuestro sistema productivo comprar todos los objetos, así sean útiles, inútiles o peligrosos. Como muchos no podrían estudiar tanto, dejarían de comprar los objetos más perjudiciales, se negarían a ser envenenados por los artículos adulterados y despreciarían los obsoletos; entonces se arruinarían las empresas y acabaríamos una vez más engrosando las listas del paro.

26. ¿Por qué es malo que jueguen los niños?

Porque si jugasen, no necesitarían juguetes; seguro que se conformarían con saltar a la comba o jugar a policías y ladrones. Es mucho mejor que se aburran viendo cómo se mueven sus juguetes y que se persuadan de que eso es jugar. Así se ven obligados a comprar los juguetes y las empresas pueden seguir produciendo, salvándonos de este modo del paro, es decir, teniendo así nosotros la suerte de perder nuestra vida en un trabajo que sólo sirve para que los niños se aburran. Además, los niños son encantadores; como rompen en seguida sus juguetes, nos hacen el favor de renovar el mercado ininterrumpidamente. Deberíamos aprender de ellos y demostrar nuestro regocijo rompiendo a martillazos el televisor que acabamos de comprar o sobrecalentando el coche todas las mañanas para que se estropee cuanto antes. Sería, desde luego, una solución magnífica para nuestra economía. Pero como nuestra caprichosa cabezonería nos impide hacerlo, son los propios productores, siempre garantes de nuestro bienestar, los que se encargan de que las cosas se deterioren espontáneamente en cuanto caduca la garantía o de suprimir la válvula recargable de los encendedores para que tengamos que tirarlos aunque estén todavía nuevos. ¡Menos mal que piensan en todo para no dejarnos en paro!

27. ¿Por qué es tan maravilloso poder ser al fin postmodernos?

Porque por fin hemos encontrado el truco maravilloso que nos permite seguir trabajando indefinidamente: destruir enseguida todo. Resulta muy divertido e incluso, en ciertos casos, a eso se le llama «ir a la moda», «no quedarse atrás». Ya no tenemos por qué preocuparnos de que un progreso técnico insensato nos haga avanzar muy deprisa, porque hemos encontrado el procedimiento de renunciar igualmente deprisa a sus ventajas. ¡Por fin! ¡Trabajar por trabajar! ¡Qué genialidad! Sólo comparable a esa otra fiesta a la que apunta todo esto: ¡la guerra! No hay ninguna duda: la guerra es también una solución óptima, la solución de las soluciones, la solución por excelencia. Será encantador ir a la guerra con nuestros irisados peinados punk, componer melodías exquisitas con nuestras metralletas de artístico diseño, solazarse en la contemplación de las sinuosidades de las nubes radiactivas y comprobar por fin que las figuras funguiformes de las bombas atómicas nada tienen que envidiar a las pintadas por Picasso ni al delicado y voluptuoso perfil de Marylin Monroe.

28. ¿Por qué conviene que no «sepamos vivir»?

La verdad es que no se entiende por qué Javier Sádaba ha sugerido que «saber vivir» puede tener algo que ver con la postmodernidad. ¿Saber vivir? ¡Eso es bagatela, una ñoñería, un utópico anhelo moderno pasado de moda! Lo importante es que trabajemos como negros en todo aquello que convenga a nuestra economía privada para retrasar el fatal desenlace de la crisis. Nada de ¡saber vivir! Trabajar: trabajar para que viva sin problemas la economía privada de la que dependemos. Por eso quizá ese prontuario de la postmodernidad escrito por Sádaba recuerda tanto al programa político de Ronald Reagan: ambos han encontrado la fórmula de servir a la economía privada… ¡sin invertir un solo pensamiento!

29. ¿Por qué somos tan valientes de no creer ya en Dios?

Porque cuando Adán vivía en el Paraíso, rodeado de riquezas y sin que nada le faltase, es seguro que dedicaba su tiempo a holgazanear de flor en flor, a pensar, a escribir, a comer frutos prohibidos, a pintar, a hacer el amor… El muy tonto tenía el antojo de ser feliz y por eso tuvo que venir Dios y hacerle entrar en razón, obligándole a ganarse el pan con el sudor de su frente. Ahora tenemos también demasiada riqueza, pero ya no necesitamos que sea Dios el que nos haga comprender cuán estremecedoramente delicioso es trabajar y trabajar por trabajar. En las actuales condiciones podemos prescindir de Dios. ¡Es una revolución! Finalmente, todo el mundo ha entendido que es mejor trabajar cosechando tomates y luego arrojarlos al mar que comerse los tomates y luego ponerse a descansar. Por fin, trabajar por trabajar es una cuestión de lógica y no, como creía la modernidad, un castigo divino. ¿Para qué necesitamos a Dios? ¡Por favor! ¡Nosotros somos postmodernos, no vamos a creer en esas supercherías medievales!

30. ¿Por qué es bueno fabricar armamento?

Porque la única forma de que no se arruine la economía privada es producir. Producir, producir lo que sea, a marchas forzadas, aunque para ello tengamos que perder toda nuestra vida trabajando jornada tras jornada: producir cuanto necesitemos y, si en algún momento pareciera que nos conformamos con lo que tenemos, seguir de todos modos produciendo lo que no necesitamos, así nos envenene, nos abrase o nos aplaste. Es un riesgo que hay que correr, pues de lo contrario la economía privada no podría resolver sus crisis y sería peor: acabaríamos en paro y al final, en cualquier caso, tampoco podríamos evitar la guerra. De ahí que, si ya no hay mercado suficiente para los televisores o las lavadoras, conviene fabricar misiles; y si el mercado del automóvil tiende a agotarse, lo mejor es producir tanquetas y carros de combate. El armamento no es un problema, es una solución, una solución para todos: para los productores de armamento, para el resto de las empresas, que se ven así libres de parte de la competencia, y para los obreros en general; el armamento es una solución incluso para los muertos.

31. ¿Por qué es buena la guerra?

Algunos teóricos pasados de moda dicen que es el mayor de los problemas humanos. Incluso ciertos señores a los que la historia da título de pensadores, como Einstein o Bertrand Russell, se han expresado en este sentido. Pero se equivocaban: en realidad la guerra es una solución y no un inconveniente. No es algo tan terrible. Una guerra es un mercado: el mercado del armamento. Sin ella no podríamos seguir produciendo y se vendría abajo toda la economía privada. Cuando ya no somos capaces nosotros mismos de destruir con suficiente diligencia lo que producimos, se hace necesario acogerse al recurso de la guerra. De este modo se destruyen productos y se destruyen empresas a un ritmo convenientemente acelerado. Es además la ocasión de introducir nuevas tecnologías y sanear el sector productor de maquinaria. Por otra parte, la guerra constituye un mercado tan sensato que asegura la destrucción inmediata de sus productos, de suerte que se pueden fabricar indefinidamente bombas, granadas, balas, etc. En realidad, la guerra es la esencia misma de nuestra economía, pues para ella lo más importante es producir y vender, independientemente de que los compradores engorden, se envenenen o se abrasen. Sin la guerra fría y los conflictos bélicos del Tercer Mundo la crisis se vería en un callejón sin salida.

32. ¿Por qué una alianza militar como la OTAN es buena para la paz?

Porque la única forma de no estar desesperado es tener trabajo, y sin un organismo que nos obligue a producir y comprar armamento se arruinaría la economía privada y, una vez en paro, correríamos el riesgo de desesperarnos y de que nuestro mal humor nos llevara a pegar no pocos puñetazos a nuestros amigos. Por eso es mejor que, en lugar de pelearnos, nos declaremos la guerra.

La OTAN cuenta además con una ventaja añadida: el armamento nos ahorra la desesperación de perder el puesto de trabajo y no poco mal humor y, de este modo, nosotros logramos vivir en paz; es decir, «nuestra paz», porque luego, naturalmente, el armamento hay que vendérselo a alguien. No hay ningún inconveniente: se lo vendemos al Tercer Mundo, que está muy lejos.

33. ¿Por qué invadir Nicaragua es una idea genial que todos agradecemos a Reagan?

Porque si los nicaragüenses dejaran de comprar a los gringos, Estados Unidos perdería un importante mercado y las empresas norteamericanas agravarían su crisis. Y toda vez que nosotros somos una colonia —perdón, un mercado— de Estados Unidos, este hecho repercutiría perjudicialmente en nuestra economía privada, que ya tiene bastantes problemas. No, no, dejémonos de cursilerías; los postmodernos somos más valientes y nos atrevemos a decir lo que el Gobierno no se atreve a reconocer: que todos estamos deseando que Estados Unidos invada Nicaragua.

34. ¿Por qué no se combate el terrorismo?

Porque todo el mundo sabe que no conviene combatir el régimen del terror impuesto por la economía privada. Porque poner cortapisas al terrorismo yanqui o al terrorismo de Estado sería como tirar piedras contra nuestro propio tejado: impedir a la libre economía desenvolver a su ritmo esta estrategia y adelantar, por tanto, el desastre final de la crisis económica, y arrojarnos de lleno al paro, la guerra abierta y la destrucción del planeta[8].

35. ¿Por qué los autores de este libro no son buenos?

Porque, si hemos de creer a los moralistas modernos, sólo podemos ser buenos si somos personas (categoría movediza para cuya definición remitimos a las constituciones y cartas de derechos humanos). Como hemos visto, afortunadamente para la economía privada y, en consecuencia, para nosotros, no somos personas sino fuerza de trabajo y mercado. Claro que si no somos personas tampoco podemos ser malos. Este es, sin embargo, un detalle que se le escapa al Estado y que produce un simpático error o contradicción: no siendo depositarios de valores morales, se nos sigue tratando como sujetos jurídicos con responsabilidad plena. El Estado y la economía privada, reduciéndonos a cosa, sustraen a nuestros actos toda colaboración moral y, sin embargo, si no pagamos nuestros impuestos, robamos un banco o acuchillamos ligeramente a nuestro prójimo, inmediatamente restituyen a ese acto su valor moral, como si la responsabilidad fuese un resultado y ese resultado, que se añade al acto en lugar de preexistirlo o precederlo, ahora —por el solo hecho de que no ha sido exitoso (el criminal no tenía coartada) o no ha ocurrido en determinadas circunstancias (el Estado sí puede matar)— deviene absurdamente punible. El Estado —como garante de la economía privada— nos desmoraliza y luego nos juzga en calidad de depositarios de moralidad. ¡Paradójico, sí! Pero quizá todo se deba a que, aunque ya no somos sujetos morales, seguimos siendo, sin embargo, sujetos jurídicos. Y de este modo un Estado inmoral puede seguir siendo un Estado de Derecho[9].

36. ¿Por qué el Estado es bueno?

Porque todo lo que puede justificarse desde el punto de vista de la supervivencia de la economía privada es sensato, lógico, razonable, natural y, por lo tanto, bueno. Bombardear Libia es defender la paz. Invadir Nicaragua es extender la democracia. Que caigan bombas es «natural», es bueno, es casi deseable. Por el contrario, todo lo que no es justificable desde este punto de vista, es malo. Por eso los rusos son malos: ellos no producen bombas para ganar dinero. ¿Por qué lo harán? Indudablemente, por perversidad, por resentimiento, por odio al género humano. Nos conviene, claro está, seguir pensando esto; es decir, seguir sin pensar. Es lo más «razonable».

37. ¿Por qué son buenas las centrales nucleares?

Es que no se trata de que sean buenas o malas para nosotros. Hoy por hoy son una solución para ciertos sectores de la economía privada y eso debería bastarnos. Pongamos un ejemplo: si las suprimiéramos, dejaríamos en paro a los que trabajan en ellas. Bien es verdad que, teóricamente, podrían ser contratados en centrales eólicas o solares, que cuentan con la ventaja accesoria de no entrañar peligro alguno para la humanidad. ¿Pero quién piensa todavía en esa abstracción moderna llamada humanidad? Lo decisivo es que sea han invertido miles de billones en las centrales nucleares y sería catastrófico para los que lo han hecho renunciar ahora a su pertinente beneficio económico. Esto es hablar de cosas serias y no de pueriles, grandilocuentes y literarios apocalipsis que sólo sirven para alarmar a la población y distraerla de su trabajo. Chernobil… ¿quién puede considerar una tragedia que miles de personas vayan a morir próximamente de cáncer, el que se vayan a desperdiciar millones de litros de leche y millones de toneladas de verdura en un planeta aún hambriento? Eso no tiene nada de lamentable. Al contrario, es una victoria para nuestra economía: si los rusos no pueden vender, entonces podemos hacerlo nosotros. Por otro lado, en efecto, hemos tenido la gran suerte de que la nube radiactiva, respetuosa con la división de bloques, se haya parado justamente en el telón de acero: de este modo sólo ha sido necesario vetar las frutas y hortalizas de los países del Este. ¡Hurra!

38 ¿Por qué es una estupidez tener miedo a las centrales nucleares?

Porque son muy seguras. Al menos en Occidente (salvo raras y modestas excepciones). Bien es verdad que si no lo son en Oriente, también nos afecta a nosotros, pero no es responsabilidad nuestra sino de los rusos. El día en que las nubes radiactivas se ciernan sobre nuestras cabezas nos diremos muy satisfechos: «como nuestra economía no nos permitía desmantelar nuestras centrales nucleares, nos convenía creer que Gorbachov era un mentiroso al proponernos la desnuclearización del planeta para poder seguir manteniendo las centrales, aunque —eso sí— con toda clase de medidas de seguridad. Ahora vamos a morir de cáncer, pero nos queda el gran consuelo de que no ha sido a causa de un fallo técnico nuestro sino de la incompetencia de la tecnología soviética. Es cierto que la URSS nos propuso, en lugar de perfeccionar esa tecnología, suprimirla por completo. Pero, ¿qué querían? ¿Que agravásemos la crisis de nuestra economía renunciando a uno de los pocos negocios que todavía producen beneficios?».

39. ¿Por qué conviene creer que las propuestas de paz de Gorbachov son también mentira?

Gorbachov dice querer el desarme. Ha propuesto, por ejemplo, llegar al acuerdo de prohibir las pruebas nucleares del mundo. Conviene pensar, sin embargo, que es un mentiroso. Si entorpeciéramos las prácticas nucleares se arruinaría uno de los sectores básicos que aún resiste a la crisis en nuestra economía. Estados Unidos se vería abocado a un callejón sin salida que afectaría a todo Occidente. Para nuestras propias compañías eléctricas, que han invertido miles de millones en la nuclearización, sería el caos. En cambio, es evidente que la economía soviética podría resistir perfectamente e incluso mejor sin la producción de armamento: en Rusia la fabricación de armas corresponde al Estado y supone, por lo tanto, una carga para todo el pueblo ruso y una pérdida de tiempo, energías y dinero. Si no tuvieran que trabajar en la producción de armamento podrían dedicarse a trabajar más en la producción agrícola y ya no tendrían que comprar trigo a Occidente, con lo que también saldríamos perdiendo. Este es justamente el problema: nuestra economía se vendría abajo sin la producción de armamento, la soviética no. De ahí que convenga pensar que Gorbachov es un mentiroso y que realmente no desea el desarme. De otro modo, ¿cómo podríamos justificar el seguir fabricando armas nosotros?

40. ¿Por qué nos conviene creer que los rusos fabrican armamento por su propia voluntad?

+++Porque si no lo atribuimos a la mala voluntad, es imposible explicarse las razones por las que siguen fabricando armamento, pues es de todos sabido que no hay producción privada y que, por tanto, nadie se enriquece con ello. Porque si no lo atribuimos a mala voluntad, no tendríamos más remedio que reconocer que su armamento cumple una función meramente defensiva…

La Unión Soviética tiene que desarrollar por necesidad un ritmo productivo idéntico al de la sociedad capitalista. De lo contrario, en la primera crisis del «mundo libre» Rusia desaparecería del mapa, como de hecho ya estuvo a punto de ocurrir. La última crisis del capitalismo costó a la Unión Soviética la vida de veinte millones de ciudadanos rusos. Como es natural, los soviéticos no desean que ocurra de nuevo una cosa semejante y para impedirlo recurren a dos estrategias muy claras: fabricar el mismo armamento que Occidente para estar preparados y mantener sus fronteras lo más lejos de Moscú, ensanchando el telón de acero tanto como puedan. Puesto que del hecho de que sean rusos no hay que deducir necesariamente que sean tontos, una vez que se han visto obligados a fabricar armamento no se olvidan de venderlo al extranjero, igual que Estados Unidos. Hay, sin embargo, un hecho evidente: la economía rusa no se vería comprometida en absoluto por fabricar otra cosa en lugar de armamento. Podría fabricar viviendas, trigo, televisores, maquinaria o, simplemente, podría permitirse el lujo de reducir la jornada laboral; así los rusos tendrían más tiempo para cantar y reír, e incluso para dormir, sin que por ello su economía se viera amenazada. En cambio, si Estados Unidos fabricara otra cosa que

armamento, las empresas que lo producen se arruinarían y el paro aumentaría. Por otra parte, esas empresas arruinarían a otras subsidiarias (por ejemplo, las que les suministran el material, que perderían el mercado que las permite subsistir). Esas empresas tendrían que dedicarse a producir otras mercancías y utilizar el acero de los tanques y las metralletas para la fabricación de coches, herramientas, etc., con lo cual se segregaría un excedente de riqueza y los *stocks* que hacen ya inminente la quiebra de estos sectores acabarían por precipitar el caos económico total.

De modo que, como la verdad es demasiado evidente, nos conviene pensar que los rusos son agresivos, pérfidos y biliosos, que fabrican armamento por mala voluntad y perversión moral, y seguir creyendo, como inocentes escolares, que la historia es la escenificación dramática de un cuento de buenos y malos.

41. ¿Por qué nos conviene creer que los rusos son tristes y taciturnos por culpa de su modo de producción?

Nos conviene creerlo porque es imposible pensarlo. Porque es evidente que, si en Rusia se trabaja tanto como aquí y con menos libertad, no es porque lo exija la economía comunista, sino porque se lo exige la nuestra.

Se dice que en la Unión Soviética hay crisis económicas, pero esto no es cierto. Una crisis es una situación en la que el remedio y la enfermedad son la misma cosa y eso es lo que nos ocurre a nosotros, no a los soviéticos. En Rusia puede muy bien haber subproducción, pero éste es un fenómeno humano explicable desde la prehistoria y que ninguna relación tiene con la crisis. Si el problema se reduce a que hay poca riqueza, la solución es diáfana: hay que trabajar más…

Lo que nos ocurre a nosotros es bien distinto: el verdadero problema se genera cuando la sobreproducción, en lugar de ser motivo de alborozo, provoca el caos económico; en esa situación, no podemos trabajar más sin arruinar a la empresa y con ella al país. Por otro lado, tampoco podemos trabajar menos, pues entonces perderíamos el poco mercado permeable que nos queda y aceleraríamos igualmente la ruina. Conviene trabajar, pues, más y más y más, para intentar derrotar a la competencia y ser el último en ir a la quiebra. Trabajando así —mientras otros están en paro—, perdemos todo el precioso tiempo de nuestra vida, pero conseguimos a cambio, eso sí, que el progreso avance ágil y velozmente. Gracias a ese progreso fabricamos, por ejemplo, misiles cada vez más perfectos. Y toda vez que Rusia se ve forzada a fabricarlos también, no tiene más remedio igualmente que trabajar más y más y más. Pero, ¿podría convencerse a un ruso de que

esto es sensato? Difícilmente; hace falta un sofisticado aparato burocrático, mucho control y pocas libertades. En nuestro «mundo libre», por el contrario, gozamos de ese inestimable privilegio que se llama libertad de elección: si quieres trabajar, debes trabajar de más hasta perder seis días de cada siete de tu beatífica existencia; pero eres muy libre de escoger el paro y perder los siete.

De esta forma, es evidente que la economía soviética no sufriría ningún daño si redujese la jornada laboral tanto como conviniese en cada caso y que, por el contrario, nuestra economía se vendría abajo si lo hiciera y, por tanto, es mucho mejor no pensar en esto y creer que si los rusos son tristes es porque viven en una dictadura. Desgraciadamente, resulta también evidente que esa dictadura constituye el único procedimiento con el que cuenta Rusia para no quedarse rezagada en el ritmo productivo que nosotros le dictamos y que, en consecuencia, una vez más la culpa cae sobre nosotros. De ahí que sea mucho mejor creer que los rusos llevan una vida triste u sórdida porque los pobres no tienen imaginación. Esta es una explicación mucho más adecuada.

42. ¿Por qué no hay peligro de que nos pase como a los rusos y perdamos toda capacidad para la iniciativa privada?

Muy sencillo: nosotros no podemos perder la iniciativa privada porque nunca la hemos tenido. No hay peligro ninguno: jamás seremos tan siniestros, taciturnos y mezquinos como los rusos y jamás suprimiremos la iniciativa privada. Los soviéticos son culpables porque han acabado con la imaginación, la iniciativa, la alegría, la pluralidad, la diversidad y la libertad de creación. Nosotros no podremos nunca hacernos culpables de semejante delito, pues nunca hemos tenido esas cosas y, por lo tanto, no podríamos siquiera pensar en suprimirlas. Es verdad que contamos con algo que se le parece, al menos nominalmente: propiedad privada de los medios de producción. «Propiedad», «iniciativa»…, total, una palabrita de nada. ¿No es lo mismo? Sus nombres se asemejan… La postmodernidad ha abolido el concepto y, en consecuencia, iniciativa privada o propiedad privada, ¿qué más da? Conviene, además, que no pensemos en eso, pues de lo contrario…

De lo contrario, tendríamos que reconocer lo siguiente: en realidad, ni siquiera tenemos la menor idea de lo que es la iniciativa. La mayoría de la población ni siquiera puede decidir el tipo de trabajo que quiere desempeñar. Le basta con conseguir uno, cualquiera que sea, pues ya es bastante motivo de alegría no estar en paro. Tampoco puede decidir qué se debe o no producir, ni en qué cantidad, habida cuenta que las condiciones de trabajo no son suyas y, por tanto, tampoco los productos producidos. Que esto, sin embargo, no nos haga creer que los propietarios de la empresa sí poseen por nosotros esa famosa «iniciativa privada». Si fuese así, tendríamos que concluir que están locos o que son más perversos que el

demonio. ¿Ellos son los que deciden destruir la riqueza producida? ¿Ellos son los que toman la iniciativa de fabricar a propósito las cosas de tal forma que se estropeen lo antes posible? ¿Ellos son los que deciden fabricar armas, productos tóxicos o bombas nucleares capaces de exterminarlos a todos? ¿Son acaso suicidas? ¿Pueden ser tan insensatos como para tomar la decisión de obligarnos a unos a trabajar demasiado y a otros a no trabajar en absoluto? No. ¡Claro que no! Es posible que estén locos además de ser empresarios, pero no por ser empresario hay necesariamente que estar loco: ellos no deciden estas calamidades; no tienen más remedio que proceder así. Esa es la verdad. Si no destruyeran los *stocks* y los regalaran, la fábrica se arruinaría del todo y eso no beneficiaría a nadie: ni a ellos ni a los obreros. No otro sería el resultado si repartieran el trabajo o no aprovecharan el mercado más seguro del mundo: el del armamento. De modo que si no «decidieran» cosas tan nefastas arruinarían la economía privada y provocarían el desastre. Sí, los empresarios tienen razón cuando se justifican: no pueden hacer otra cosa que lo que hacen. Ellos no deciden nada. Sólo se ocupan de diagnosticar con más o menos precisión lo que las estructuras de la economía privada han decidido por ellos en cada caso. Ellos también, al igual que todos nosotros, están por entero al servicio de las necesidades de la economía privada.

Conclusión: cuando hay propiedad privada de las condiciones de trabajo, no existe peligro ninguno de que nos pase como a los rusos y perdamos la iniciativa privada, pues siendo ésta imposible, es asimismo imposible prohibirla. ¿No es perfecto?

43. ¿No es mucho peor lo que les ocurre a los rusos?

Por supuesto. Su sistema productivo podría funcionar perfectamente mediante iniciativas privadas. Podrían permitirse el lujo de producir trigo en lugar de armas y podrían muy bien dejar de trabajar cuando ya hubieran trabajado bastante. Podrían muy bien fabricar artículos bonitos y variados, sin que por ello sus estructuras económicas se vieran amenazadas por la crisis. De hecho, ellos sí tienen iniciativa privada. Lo que ocurre es que, inexplicablemente, toman siempre la misma iniciativa, deciden siempre lo más aburrido, lo más sórdido y lo menos atractivo. Y además, para ponerse todos de acuerdo necesitan un ejército de burócratas que controlen la situación y obliguen a todos a decidir siempre lo mas feo.

44. ¿Por qué son tan feos y aburridos?

Una vez más, es mejor no pensar y seguir siendo postmodernos: decir que si deciden lo más feo y aburrido es porque son feos y aburridos. No es un argumento muy fuerte, pero si buscamos otro mejor no tendremos más remedio que pensar en esto: si los rusos no siguieran el ritmo productivo de Occidente, fabricarían menos cosas; a lo mejor, por ejemplo, no se les ocurriría fabricar tantos ordenadores como nosotros y tampoco podrían fabricar misiles. Y así, finalmente, tendrían una mala defensa. Fatalmente, en ese caso, en la primera crisis del capitalismo, las empresas privadas no perderían la ocasión de vender sus *stocks* a los rusos e invadirían el país. De forma que, si no quieren ser la nueva India conquistada del siglo XX, a los rusos les conviene sin duda decidir siempre la misma cosa: producir todo aquello que ya haya producido el capitalismo exterior. Los pobres tienen un doble trabajo: fabricar todas las porquerías que produce nuestra caótica economía y además fabricarlas por su propia decisión. Aquí, en nuestro «mundo libre», no hay que convencer a un parado de que acepte un puesto de trabajo en una central atómica. Al pueblo ruso, sin embargo, sí que hay que convencerle de la necesidad de fabricar misiles en lugar de trigo; y si no se deja convencer entonces es preciso que se le obligue a ello. ¡Pobrecillos! Cómo no van a ser tristes con tanto trabajo. Obligados no sólo a trabajar tanto como nosotros sino, además, al esfuerzo de vigilarnos a fin de poder copiar todo lo que hagamos. Sí, es evidente: Rusia es nuestro espejo. He aquí la prueba de la insensatez de nuestra economía; si quisiéramos alcanzar por nuestra propia decisión todas las calamidades que nuestro caótico sistema provoca, tendríamos necesariamente que ser tan tristes, burócratas y represivos como los rusos. Pero gracias a Dios, a

nosotros estas calamidades nos salen solas, sin esfuerzo, constituyen la lógica misma de nuestra economía privada. Y además, que exista una sociedad espejo de la nuestra, ¿no es encantador?, ¿no es una idea tan delicadamente postmoderna?

45 ¿Por qué ni siquiera son marxistas?

No es que no sean realmente comunistas, es que no son marxistas, pese a que, paradójicamente, no puede negarse que han suprimido la economía privada. Rusia es un Estado obrero y he ahí justamente la razón por la que no es un régimen marxista. Marx era todo menos obrerista. Si veía algo de malo en la sociedad capitalista era precisamente el hecho de que en ella la mayor parte de la población tenía que matarse a trabajar por trabajar. Para Marx, el objetivo concreto y prioritario del comunismo era, ante todo, el de suprimir la condición obrera; es decir, crear un sistema productivo tal que permitiera al hombre recuperar las riendas de su vida y trabajar lo menos posible para sobrevivir, guardándose para vivir la mayor parte del tiempo, gracias, en particular, a los grandes adelantos técnicos de los que en abstracto podía gozar. Los salvajes trabajaban casi siempre menos que nosotros; con todo nuestro progreso científico la humanidad está en condiciones de vivir prácticamente sin trabajar, disfrutando de todo el tiempo de su vida para amarse, odiarse, divertirse, pensar y crear. Si no lo hace es porque la economía privada le impone un ritmo productivo insensato y le obliga a derrochar la mayor parte de su riqueza. Si tampoco lo hacen los rusos es porque han convertido el peor de los vicios capitalistas, el trabajo, en un símbolo sagrado. El trabajo es el nuevo opio del pueblo. ¿Cómo han podido interpretar tan mal a Marx? Ya lo sabemos, acabamos de responder a esta cuestión en los apartados 43 y 44. Sin embargo, como no conviene volver sobre un asunto tan delicado, lo mejor será decir que si han interpretado mal a Marx es, sencillamente, porque son deficientes mentales. De lo contrario, tendríamos que reconocer que malinterpretarlo era la única forma de sobrevivir a las crisis del universo

exterior: el universo capitalista. Tendríamos que reconocer que nuestro sistema productivo no sólo nos impide a nosotros gozar de las ventajas del progreso y de los frutos del trabajo, sino que se lo impide también a los países comunistas.

46. ¿Por qué los pacifistas y ecologistas quieren llevarnos a la ruina?

Porque desean que el hombre no esté sentado sobre un polvorín nuclear y eso —por supuesto— es una insensatez. Ya se ha demostrado que la guerra, las armas y las centrales nucleares no constituyen un problema: son, muy al contrario, una solución para nuestra economía privada. Suprimir esa solución sería insensato, irrazonable y peligroso. Hay que concluir, pues, que es mucho más lógico vivir en medio de centrales nucleares (esto es, de explosiones atómicas controladas), no vaya a ser que se arruinen las multinacionales que las instalan.

47. ¿Por qué sería tan conveniente lograr que el Bachillerato fuera obligatorio?

Porque mantener estudiando a miles de jóvenes para que finalmente acaben en paro es un procedimiento magnífico para enmascarar que están en paro ya. Se podría adoptar quizá medidas más prudentes como, por ejemplo, destinar a la enseñanza a un mayor número de licenciados sin empleo, con vistas a reducir el número de alumnos por clase. Quizá de este modo podríamos empezar a hablar realmente de enseñanza en lugar de limitarnos a camuflar lo que no es más que una reclusión. Tal vez entonces los institutos dejaran de ser guarderías infantiles y comenzarán a recordar el antiguo espíritu de la Academia de Platón. Pero, ¿para qué recordar algo tan antiguo? Esta medida, además costaría dinero al Estado y luego los ministros de Defensa tendrían que renunciar comprarse esa flota de submarinos que tan útiles, por lo visto, van a resultarnos.

48. ¿Por qué el PSOE ha sido incapaz de adoptar medidas sociales, ya que no podía tomarlas económicas?

Ni podía crear puestos de trabajo ni convenía que lo hiciera, tal y como ya quedó claro en el apartado 17. Pero el que no haya creado una Ley del Aborto decente y haya convertido la objeción de conciencia en una tomadura de pelo, eso ya no tiene explicación. Si han procedido así no es ya sólo porque no pueden ser de izquierdas, es que no quieren serlo de ninguna manera.

49. ¿Por qué el PSOE cerró Editora Nacional?

Porque es mucho más económico y eficaz cerrar una editorial e impedir que se publiquen libros que tener que quemar esos libros ya publicados, como hizo Hitler. El resultado es el mismo, pero así la gente no se entera. Por otro lado, la Editora Nacional sólo publicaba a Spinoza, Kant, Lessing, Homero, Cicerón, Galileo, Aristóteles, Molière, Hume, Locke, Sófocles, Proudhon, Schelling, Schiller, Leonardo da Vinci, Leibniz, Hegel, Kierkegaard, Hobbes; es decir, a tediosos e inútiles autores modernos sin ningún interés, salvo para unos cuantos extravagantes pensadores anacrónicos y provectos. Y la gente ya no piensa ni conviene que piense, y una editorial —tanto más cuando es estatal y se puede permitir el lujo de publicar con pérdidas— hace pensar a la gente. De ahí que nos hicieran el favor de suprimirla, ahorrándose de este modo un dinero que podrán emplear mejor e desenrollar unos cuantos metros de carretera o en comprar algunas piezas de repuesto para los aviones de combate que nos vendieron deteriorados los americanos por la insignificante cifra de 2.515.810.200 y pico.

50. ¿Por qué las televisiones privadas son sinónimo de libertad?

Porque para ser libres primero hay que dejar de pensar. Porque, al contrario de lo que creía la ingenua filosofía moderna, son los conceptos los que nos estorban y, por tanto, una vez libres ellos y de la pesada, fatigosa e incómoda tarea de pensar, somos por fin verdaderamente libres. Porque, además, gracias a las televisiones privadas, dos o tres empresas serán libres, completamente libres de ganar mucho dinero a nuestra costa y diez o doce más serán también libres, completamente libres, de diversificar y elegir el medio más rentable para la publicidad de sus productos. Nosotros, por nuestra parte, toda vez que pluralidad es lo mismo que libertad, podremos comprar muchas más cosas y llenar el vacío que afortunadamente han dejado nuestros pensamientos con muchas más series americanas, muchos más programas-concurso soeces y mediocres y muchos más informativos manipulados. De este modo, gracias a la economía privada y si ejercemos todos los días nuestra libertad frente al televisor, podemos incluso transitar de la libertad al nirvana. En el principio era la acción, decía ese poetastro moderno llamado Goethe; ahora, en la postmodernidad, es… la televisión. Todos hemos salido ganado.

51. ¿Por qué Felipe González dice siempre «mire usted» cuando responde a los periodistas?

Porque, consiguiendo que «miren», logra que se olviden de pensar. Es una estrategia postmoderna que todos aplaudimos. ¡Al fin un gobierno que está con la juventud!

52. ¿Por qué es tan gracioso Pedro Ruiz?

La verdad es que no tiene ni pizca de gracia. Pero como este país sufrió cuarenta negros años de franquismo, muchos nos hemos acostumbrado a no reírnos más que de las groserías. El verdadero humor estuvo demasiado tiempo prohibido… Pedro Ruiz hace reír porque es un maleducado, ni más ni menos. El éxito de Mercedes Milá no tiene mucho más misterio. Ambos bromean con los errores del PSOE y bromear con los errores es la mejor forma de disculparlos. Por otra parte, mientras podamos seguir riéndonos del gobierno, el gobierno podrá seguir riéndose de nosotros. De ahí que haya que hacer honor a la verdad y afirmar que, sin el mal gusto del uno y la debilidad mental de la otra, jamás el gobierno socialista habría tenido una verdadera legitimidad democrática. Gracias, señores.

53. ¿Por qué «Los Hombres G» ligan más?

Porque la postmodernidad ha superado al fin todos los escrúpulos: ya no importa que tu amante sea nazi[10].

54. ¿Por qué este libro es tan corto?

Porque si hubiésemos querido justificar las cosas con mayor rigor, los autores sin duda se habrían quedado más satisfechos, pero a cambio casi nadie nos hubiese leído, pues el esfuerzo intelectual y la profundidad conceptual contradirían la esencia misma de nuestra postmodernidad.

55 ¿Por qué se repite tanto?

Los que vivimos en la postmodernidad tenemos la suerte de enfrentarnos todos los días a una realidad variada, abigarrada, fluctuante, liviana como los mismo ángeles, colorida y brillante como nuestros vestidos y nuestros diseños. Sin embargo, los que tienen la desgracia de vivir en el pensamiento saben que no es este libro el que se repite, que la que se repite es la realidad misma. Saben que todos los problemas, todos los matices, todas las manifestaciones de nuestra sociedad tienen una misma, única, y monótona explicación: las necesidades de la economía privada y del sistema de producción capitalista. He aquí, por tanto, un motivo más para renunciar al pensamiento y a la realidad: que se repite, que es aburrida, que no se ajusta a las modas ni a los cambios de estación. Es más divertido el color que la verdad. ¡Viva, pues, el color!

56. ¿Por qué algunos insensatos siguen siendo marxistas?

Sí. Algunos insensatos pasados de moda, como los que han redactado estas líneas, siguen siendo marxistas. Son unos locos que prefieren buscar lo que es verdad a creer lo que es conveniente. Los muy necios todavía se tragan esa consigna moderna de la Ilustración: están ridículamente seguros de que, a la postre, no hay nada conveniente si no es verdadero. ¡Pobrecillos! No se dan cuenta de que eso ya lo había dicho Platón en el Gorgias: ya veis lo atrasados que están. Nunca podrán ser verdaderamente postmodernos, pues se obstinan en afirmar que para declararse postmodernos sería preciso demostrar primero que la modernidad ha muerto. ¡Qué tontería! Para ser postmodernos no hace falta sino dejar de pensar: con eso basta y sobra para intentar «gustar a los demás» y «gustarnos a nosotros mismos»… en los ratos libres de nuestro agotador trabajo, en la miseria del parado, siempre y cuando no nos llamen a la guerra o nos chamusque el peinado una nube radioactiva. Para ser postmodernos basta con negarnos a ver que aún somos, desgraciadamente, modernos.

No todo, sin embargo, es tan triste. No todos son tan «paletos» de seguir siendo marxistas. Algunos avispados tienen incluso la osadía de decir: «¡La postmodernidad ha muerto!». No se entiende muy bien cómo puede haber muerto algo que nunca ha existido, pero en definitiva da lo mismo, ¿por qué no rizar el rizo de la farsa con una nueva mentira? ¡La farsa ha muerto! Ya ni siquiera tenemos que dejar de pensar: el pensamiento es una antigualla, un fósil que conservan los museos y ya nadie recuerda para qué servía.

¡Viva la imagen! ¡Viva la televisión! ¡Tres hurras por el próximo modelo informático! ¡Viva la muerte! ¡Viva el post-super-hombre!

¡Un fantasma recorre Europa… LA POSTMODERNIDAD!
Pero esta vez es sólo un FANTASMA.



CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA (Zaragoza, 1959). Es profesor de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Colaborador habitual de las revistas *Viento Sur, Logos, Archipiélago, El Viejo Topo*, y del diario *Público*. Durante los años ochenta, fue guionista programa de televisión *La Bola de cristal* (TVE-1).

Es autor de los libros *Geometría y Tragedia, El uso público de la palabra en la sociedad moderna* (Hiru, 2002), *El materialismo* (Síntesis, 1998), *Sin vigilancia y sin castigo, Una discusión con Michel Foucault* (Libertarias, 1992).

También es coautor de *Educación para la ciudadanía. Democracia, Capitalismo y Estado de Derecho* (Akal, 2007) y un libro de texto para 4.º de la ESO titulado *Ética Cívica* (Akal, 2008). Junto con Luis Alegre, ha publicado *Comprender Venezuela, pensar la democracia* (Hiru, 2006) y *Periodismo y Crimen. El caso Venezuela 11-04-02* (Hiru, 2002). Con Santiago Alba Rico, es coautor de los libros *Cuba 2005* (Hiru, 2005), *Cuba:*

la Ilustración y el socialismo (La Habana, 2005) y los libros *Dejar de pensar* (Akal, 1986), *Volver a pensar. Una propuesta socrática a los intelectuales españoles* (Akal, 1989), *El naufragio del hombre* (Hiru, 2010), *El orden del capital* (Akal, 2011) y *¿Para qué servimos los filósofos?* (Catarata, 2012).



SANTIAGO ALBA RICO (Madrid, 1960) estudió filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Entre 1984 y 1991 fue guionista de tres programas de televisión española (el muy conocido La Bola de Cristal entre ellos).

Ha escrito artículos para numerosos periódicos y revistas y ha dado centenares de conferencias. Entre sus más de quince obras publicadas, se cuentan los ensayos *Dejar de pensar* (1985), *Volver a pensar* (1987), *Las reglas del caos* (libro finalista del premio Anagrama 1995), *La ciudad intangible* (2000), *El islam jacobino* (2201), *Vendrá la realidad y nos encontrará dormidos* (2006), *Leer con niños* (2007), *Capitalismo y*

nihilismo (2007), *El naufragio del hombre* (2009), *Noticias* (2010) y *Túnez, la Revolución* (2011), donde recoge las crónicas escritas bajo el nombre de Alma Allende durante la revolución tunecina del 14 de enero. Es también autor de un relato para niños de título *El mundo incompleto* (2000) y de dos cuentos infantiles (*El ratoncito Roquefort* en 2009 y *La estrellita Fitún* en 2012).

Ha colaborado en numerosas obras colectivas de análisis político (sobre el 11-S, sobre el 11-M, sobre Cuba, sobre Venezuela, Iraq, etc.).

Desde 1988 vive en el mundo árabe, habiendo traducido al castellano al poeta egipcio Naguib Surur y al novelista iraquí Mohammed Jydair. Fue asimismo guionista de la película Bagdad-Rap (2004) y es autor de una obra teatral, *B-52*, estrenada en 2010 y editada por la editorial Hiru un año después.

En los últimos años viene colaborando en numerosos medios, tanto digitales como en papel (la conocida web de información alternativa Rebelión, Archipiélago, Ladinamo, Diagonal, Atlántica XXII, Cuarto Poder etc.).

En Venezuela ha publicado junto a Pascual Serrano el libro *Medios violentos (palabras e imágenes para la guerra)* (El Perro y la Rana, 2007).

En Cuba ha publicado *La ciudad intangible, Cuba; la ilustración y el socialismo* y *Capitalismo y nihilismo*.

Su último libro, *¿Podemos seguir siendo de izquierdas? Panfleto en sí menor* se ha publicado en enero de 2014 en la editorial Pol.lens.

Notas

[1] En esta edición hemos puesto a pié de página algunas de sus canciones. <<

[2] En los años en los que se escribió este libro, la llamada movida madrileña, sonaba mucho una canción que gritaba «¡Todos los paletos, fuera de Madrid!». <<

[3] En estas condiciones y con la tasa de paro espectacular de los ochenta, hacía falta una gran clarividencia anticapitalista para exclamar, como la Polla Records:

«¡No disfrutamos en el paro, ni disfrutamos trabajando! ¡No! ¡No! ¡Nooo!

(Es increíble cómo resulta el sistema… ¡Tururú!

Os felicito y os doy mi enhorabuena. ¡Puáj!)». <<

[4] «Están en el hemisferio chungo

y en vez de pan, les dais cañones

(…) nuestro mundo es el consumo

y ellos tienen hambre

(…) Acordaos de que, bajo vuestros culos

están afilando, los dientes que les quedan ¡Y tienen hambre!

¡Arrasaremos vuestras cosechas, y vuestros supermercados!

¡Matadnos! ¡En marcha! ¡Queremos nuestra parte!». (Polla Records). <<

[5] «Podrido de dinero

Hinchado como un cerdo ¡cómo hueles!

Hicistes nuestras casas, al lado de tus fábricas

Y nos vendes lo que nosotros mismos producimos

Eres demócrata y cristiano, ¡eres un gusano!

¡Cristo! ¡Cristo! ¡Qué discípulos!». (Polla Records). <<

[6] Esto es algo que todavía podía decirse a principios de los años ochenta, aunque en esos momentos China estaba a punto de iniciar un plan de ajuste neoliberal. Deng Xiaoping invitó a Milton Friedman a visitar China en 1980, con la intención de apuntalar una reconversión industrial salvaje. En 1988, Friedman volvió a visitar China y aconsejó acelerar una política económica de *shock*, la cual iba a generar una verdadera conmoción en la sociedad china, que desembocaría en la matanza de Tiananmen. Sobre cuánto nos llegaron a mentir sobre lo que entonces ocurrió, cfr. Naomi Klein, *La doctrina del shock*, Paidos, 2008. <<

[7] Era difícil expresar la situación mejor que la Polla Records, en «El Congreso de los ratones»:

«Qué felices son, haciendo el mamón

siempre en nombre de la razón

Y su libertad, vigilada por los cañones del capital

Estáis todos, acojonados por el ejército

Y vendidos a todos los banqueros

Camuflando en democracia este fascismo

porque aquí siempre mandan los mismos

Un Congreso de ratones, podíais formar

no representáis a nadie

¿qué os creéis?, ¿a quién queréis engañar?». <<

[8] «Reunión de cerdos, todas las mañanas

Vendemos países y compramos almas

¿Va mal el negocio?

¡Manda a la caballería!

¿No hay revolución, eh guarros? ¡Todo controlao!

Mi petróleo nunca podrás nacionalizar

¡La bolsa de Nueva York, controla este mogollón!

¡A la mayor gloria de Dios!». (Polla Records). <<

[9] «La delincuencia es una plaga social
Una raza despreciable, una raza a exterminar
Banqueros, unos ladrones
sin palancas y de día
Políticos estafadores, juegan a vivir de ti
Fabricantes de armamento, eso es jeta de cemento
Las religiones calmantes, y las bandas de uniforme
La droga publicitaria, delito premeditado
y la estafa inmobiliaria
¡Delincuencia, delincuencia! ¡Es la vuestra! ¡Asquerosos!
¡Vosotros hacéis la ley!
Explotadores profesionales,
delincuencia es todo aquello que os puede quitar el chollo
¡Que os puede quitar el chollo!». (Polla Records). <<

[10] Esta pregunta absurda hacía referencia a una portada dominical del diario *El País*, cuyo titular era «Los Hombres G ligan más». En el interior había una entrevista, en la que el famoso grupo pop de la movida respondía con una colección de tópicos que oscilaban entre lo pijo, lo yupi y lo fascista. <<

Document Outline